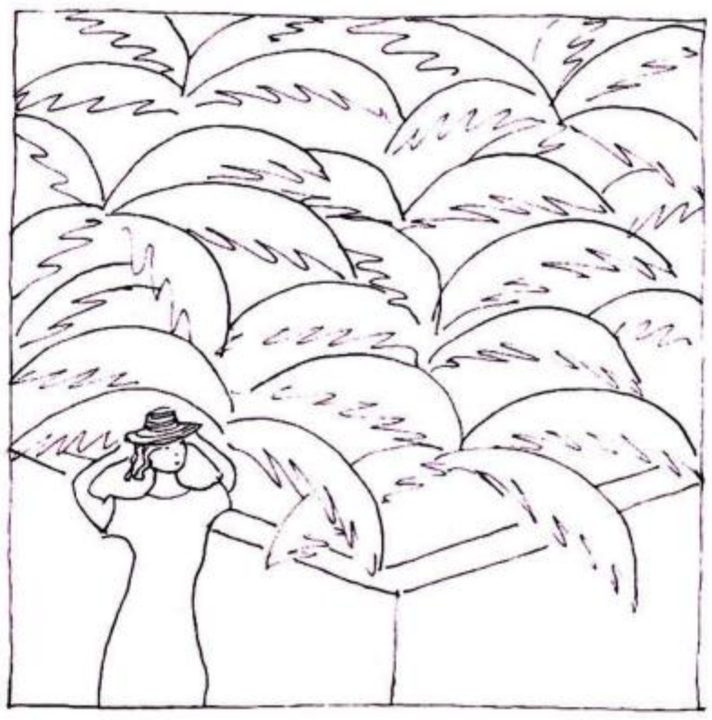
diálogos y negociaciones a futuro que pueden llevar a acuerdos en los que el principio de la in/seguridad no permanezca incólume.

SILVIA MONROY ÁLVAREZ
Antropóloga. Doctoranda en Antropología Social, Universidade de Brasília (UnB).

¡Ay hombe!, ¡pero qué violencia, con parranda vallenata incluida!

Realismo mágico, vallenato y violencia política en el Caribe colombiano
José Antonio Figueroa
Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2009, 274 págs.

Entre los brutales cambios que se han presentado en la sociedad colombiana en los últimos tres decenios sobresale que se haya impuesto el vallenato como principal expresión musical de este país, hasta el punto que se le ha asignado un premio Grammy, que se entrega en Miami, y los niños vallenatos cantan en diversos lugares del mundo, como en la Casa Blanca de Washington. Se podría pensar que esto es un resultado de la calidad intrínseca a este tipo de música y que tiene que ver con una cuestión puramente cultural y folclórica, que engrandece a Colombia e indica la diversidad mestiza del país. Se sostiene, de acuerdo con la lógica mediática de los poderes corporativos de la información (El Tiempo, Caracol y RCN), que el vallenato es la expresión de lo mestizo porque allí confluyen el acordeón, proveniente de los "blancos" de Europa; la caja, propia de los negros traídos de África, y la guacharaca de los pueblos indígenas. Se arguye que no hay mejor expresión cultural del carácter mestizo y triétnico de la sociedad colombiana, que la pretendidamente representada en el vallenato. Se agrega que este mestizaje refleja una integración pacífica de las diversas "razas" y clases sociales, lo que muestra el carácter abierto de la sociedad costeña, en la cual no habrían habido contradicciones sociales insalvables y por ello las relaciones han sido más bien de compadrazgo que de confrontación y lucha.



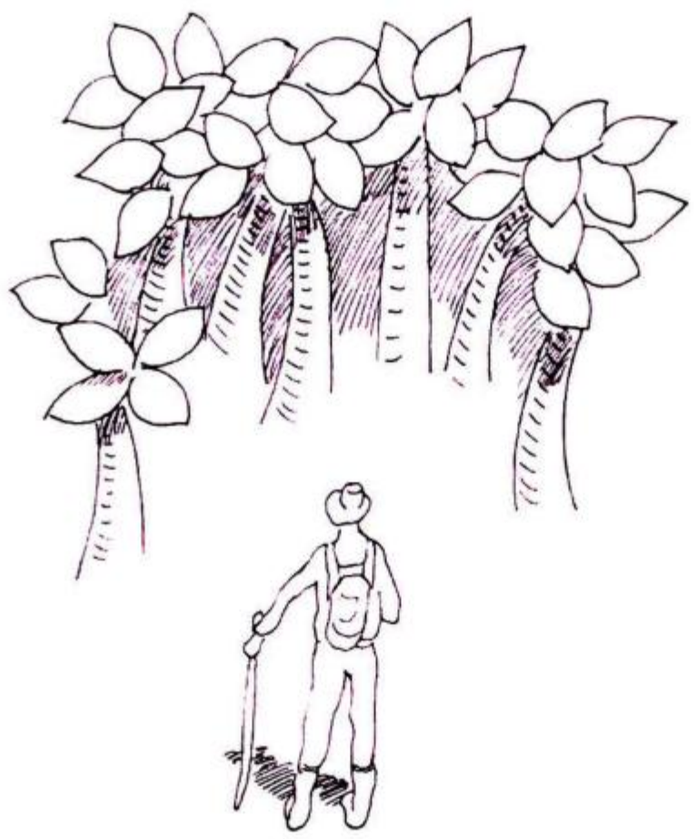
Además, se añade que ciertos personajes emblemáticos por sus acciones políticas, literarias, periodísticas y/o culturales o todas a la vez, se han convertido en los propulsores del vallenato, entre quienes se recuerda siempre a Alfonso López Michelsen (el "pollo vallenato"), Gabriel García Márquez (de quien se dice que escribió un vallenato de cuatrocientas páginas llamado *Cien años de soledad*), Enrique Santos Calderón, antiguo director de El Tiempo y defensor a ultranza de la parranda vallenata, y Consuelo Araújo Noguera (la Cacica). Para incorporar a esta tetralogía de intelectuales al panteón del vallenato se ha realizado una labor de endiosamiento que ha corrido por cuenta de ellos mismos, dados sus variados poderes mediáticos, económicos, políticos y simbólicos, o por las clases dominantes de la costa y las del interior del país, en especial de Bogotá. Esta visión oficial y heroica del asunto, que se ha hecho dominante, sólo tiene un problema: es falsa. Y no sólo falsa, porque eso sería lo de menos, sino que esconde una terrible historia de violencia y muerte, que ha consolidado el dominio de los grandes terratenientes en los últimos decenios.

Para develar esta turbia historia, José Antonio Figueroa, un literato y antropólogo colombiano que vive en Ecuador, ha escrito un notable libro, cuya riqueza analítica con dificultad puede sintetizarse en unas cuantas páginas, por el riesgo de perder gran parte de sus contribuciones políticas e intelectuales. Empero, es necesario intentar un acercamiento a tan importante obra.

En el libro se parte primero de un análisis de *Cien años de soledad* (1967), un texto sobre el cual se han escrito miles de libros y artículos, en los cuales se examinan diversos tópicos literarios, históricos y culturales. Podría pensarse que este es uno más de esos, a veces aburridos, análisis literarios y textuales de García Márquez. Pero al adentrarse en la lectura del libro de José Antonio Figueroa se evidencia que nos encontramos ante una obra de otra índole, que pretende, en primera instancia, resaltar el sentido crítico de esa novela con relación a la sociedad de la costa Caribe del país. Para demostrar que esta no es una invención puramente literaria de García Márquez —porque aunque sea una obra de ficción está relacionada con un entramado histórico y social concreto, al que denuncia de manera crítica, por supuesto acudiendo a todos los recursos de la literatura—, Figueroa incorpora algunos análisis etnográficos que sobre la estructura familiar de la costa se escribieron en la década de 1960. A partir del análisis de dos tipos de textos, el literario y el etnográfico, el autor relaciona "los elementos constitutivos de las formas tradicionales de organización social del Caribe colombiano con las grandes asimetrías económicas, de género y de raza, y con la violencia política que actualmente se ha generado en la región" (pág. 22). Su propósito principal apunta a explorar "la metáfora del incesto y la violencia como recursos útiles para describir los modelos de relaciones sociales endogámicas de tipo matrilocal, que remiten a una

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

débil construcción de lo público y a una débil construcción de la esfera monetaria en el Caribe colombiano" (pág. 28). Esto lo conduce a utilizar la categoría de *economía moral* para caracterizar una sociedad signada por relaciones de parentesco.



El escenario en el que discurre la trama de *Cien años de soledad* es la casa de los Buendía que opera, al mismo tiempo, como sede de una familia ampliada y como una unidad doméstica, porque coexisten la función habitacional y la económica, y esta última corre a cargo de las mujeres. Es también una familia matrilocal y endogámica con relaciones sexuales entre parientes, y la unidad familiar se va ampliando alrededor de las mujeres, por la poliandria. En estas sociedades las mujeres están dentro de la casa, su espacio queda reducido al ámbito privado y los únicos que participan en la vida pública son los hombres. Mujer que intente transgredir esta división es considerada como una "mujer de la calle", "una mujer pública", para usar una terminología mojigata. Los hombres tienen varias mujeres, incluyendo a la "legal", con la que ha contraído matrimonio. Es en este contexto real que se entienden las razones por las cuales la metáfora del incesto, que emplea García Márquez, tiene una perspectiva crítica porque apunta a mostrar como las relaciones incestuosas suponen la negación de cualquier tipo de comunicación y la imposibilidad de construir una esfera pública.

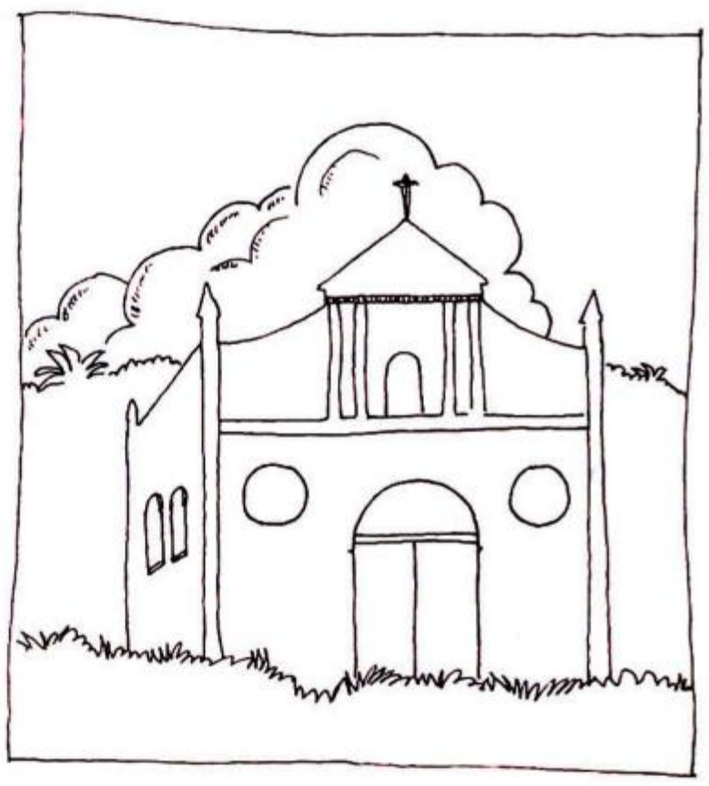
El otro elemento destacado en *Cien años de soledad* es el de la violencia, que atraviesa la novela de principio a fin, aunque su manifestación extrema esté relacionada con la represión de los trabajadores de las bananeras, en la que se manifiesta una acción represiva ligada al capital transnacional del enclave agrícola. Además, la violencia está acompañada de la amnesia y el olvido, porque nadie recuerda la masacre de los trabajadores del banano.

El tipo de sociedades que se analizan en la novela de García Márquez y en los estudios etnográficos sobre la costa, funcionan a partir de lógicas clientelares, en las cuales no existe lo público, sino favores y contrafavores, lealtades y traiciones, lógicas de exclusión e intolerancia para el que no forma parte o no comparte esos vínculos clientelares. Imperan los dominios caudillescos y no hay cabida para las demandas populares. Quien proteste es perseguido y asesinado y el Estado interviene para mantener el poder de las elites regionales, recurriendo a la violencia, algo entendible porque se impone una "dominación sin hegemonía". Todos los aspectos enunciados son los que se critican en la principal novela de García Márquez, publicada en 1967.

Ahora bien, este repertorio crítico fue domesticado en los decenios siguientes, y se convirtió en un mecanismo de construcción de una identidad tropicalista, basada en ciertos estereotipos sobre la cultura caribeña colombiana. Según Figueroa, este proyecto fue impulsado recurriendo a la "exaltación mistificada de los elementos culturales que habían sido descritos críticamente, tanto en la novela *Cien años de soledad*, como en el conjunto de etnográficas regionales". En consecuencia,

> *nociones como el desinterés por el mundo material y el dinero, la poliginia, la problemática construcción de patrones de género, la primacía de lo local, etc., devinieron en una serie de elementos que serían encomiados por medio de una esencialización de la cultura regional caribeña. En este proceso, el espacio rural de la costa fue imaginado como un lugar de mestizaje caracterizado por el sensualismo, el tradicionalismo, la ingenuidad, la relajación ante la sexualidad, la tradición oral, la pasividad y una actitud despreocupada ante la vida.* [págs. 101-102]

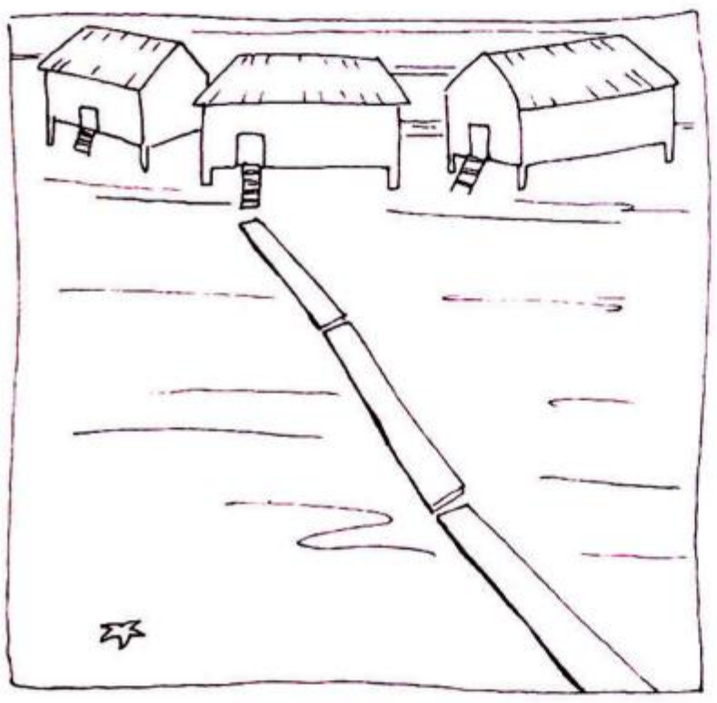
Además, se enfatizaba de manera reiterada que la costa era la región más pacífica del país, puesto que la Violencia política de la década de 1950 no se sintió en la región de manera directa. Este conjunto de imágenes exóticas, y supuestamente incontaminadas, sobre la costa Atlántica colombiana fue construido como parte de un proyecto intelectual de gran alcance en el que participaron, aunque no fuera una idea compartida por todos, Alfonso López Michelsen, Gabriel García Márquez, Enrique Santos Calderón y el sociólogo Orlando Fals Borda. Fue un proyecto cultural que, además de la visión estereotipada del realismo mágico, estuvo acompañada de la promoción de la música vallenata y de la creación del departamento del Cesar, en 1967, cuyo primer gobernador fue, lo cual no resultó casual, López Michelsen.



Para analizar este proceso de domesticación de la crítica de *Cien*

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

años de soledad, el autor le dedica la segunda parte del libro, en la que se resalta el papel del mestizaje como narrativa de integración nacional. El esfuerzo por consolidar la imagen de Colombia como un exitoso proyecto nacional mestizo estuvo acompañado de la promoción del vallenato, hasta la década de 1960 un género musical exclusivamente regional, lo que llevó a la organización del Festival Vallenato en 1968, el certamen de música más importante del país, en cuanto a financiación económica y cobertura mediática se refiere. Al mismo tiempo, se empezó a hacer literatura y periodismo sobre el vallenato, con la participación decisiva de intelectuales regionales y nacionales.



¿Cuál es la idea de mestizaje que subyace a ese proyecto? Aunque se diga que el vallenato es la síntesis perfecta de tipo racial en el país, porque allí se manifiestan elementos de blancos, negros e indígenas, en realidad esta imagen es falsa, porque el mestizaje que se ha impuesto es blancuzco, por decirlo de manera sintética. Lo es, porque los diversos elementos que resaltan los "intelectuales del vallenato" son profundamente discriminatorios y racistas con relación a negros e indígenas, a los que se les considera como subordinados con respecto a los grandes terratenientes y gamonales "blancos", los que le dan un toque de "grandeza" al mestizaje. Varios aspectos, que no son ni mucho menos anecdóticos y que se citan en el libro que comentamos, son ilustrativos al respecto. Por ejemplo, se dice que el vallenato se baila como el vals en España, es decir, en pareja, nunca suelto ni en rueda, para enfatizar que es un baile acompasado y no como esos encuentros de montoneras, lujuria y desenfreno sexual, como los pinta Consuelo Araújo Noguera, que serían la cumbia y el mapalé. De la misma manera, se reivindica una práctica tan detestable y propia de una discriminación sexual de clase, raza y género, como son las llamadas "colitas", nombre que se le da a las ceremonias que se hacen en los aposentos de la servidumbre, a donde se desplaza el patrón luego de hacer una fiesta en su casa. En esas colitas se exalta la confraternidad de los patronos y sus dependientes como muestra de las relaciones "cordiales" que existen en la costa, pero no se dice que esa es una vulgar forma de explotación sexual de las mujeres pobres y campesinas y la reivindicación del derecho de pernada por parte de los terratenientes. Y a eso, para completar, lo consideran como una expresión de "democracia racial" que desemboca en el mestizaje. En síntesis, el mestizaje que se promocionó desde la década de 1970 configura un

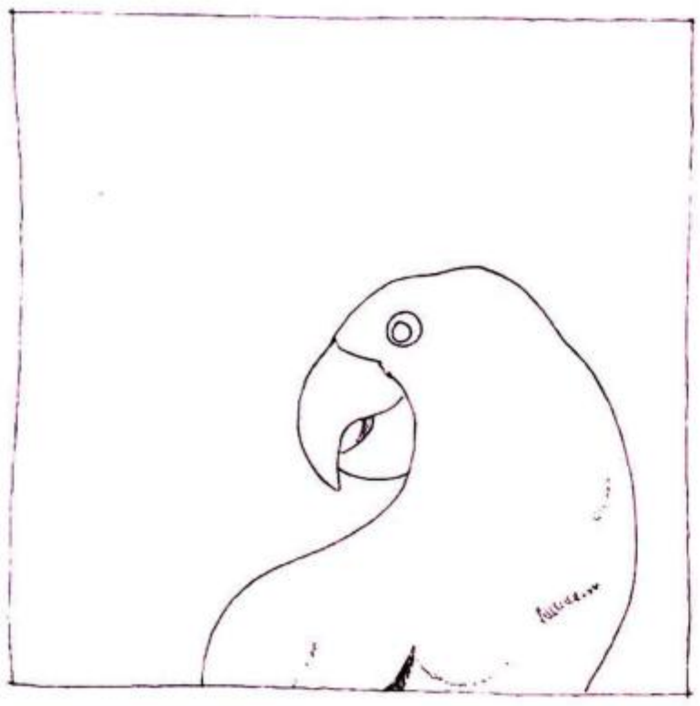
> *patrón de dominación racial y de género, recubierto de un lenguaje moral, y cómo las élites provienen unas imágenes sobre sí mismas y sobre los subalternos en las que se naturalizan las subordinaciones de género, raza y clase. En este proceso, los elementos de la cultura radicalmente criticados por García Márquez en* Cien años de soledad *se convirtieron en atributos positivos de la identidad regional.* [pág. 129]

Tanto las clases dominantes locales como las del interior, en especial las de Bogotá, construyeron, a partir de la biografía de Rafael Escalona —ligado a los círculos terratenientes y ganaderos de la región—, un modelo de los valores supuestamente positivos de la cultura caribeña, los mismos que García Márquez tanto había criticado. La vida de Escalona ha sido presentada con un tono apologético por Consuelo Araújo Noguera, en su libro *Escalona, el hombre y el mito* (1998), en donde la región es pintada como un espacio natural, exótico, incontaminado y "los códigos de honor sirven para controlar la artificialidad inherente a la modernidad y permite anhelar formas de relación social sustitutivas a la circulación dineraria". Por ello, "las elites construyen un proyecto cultural en el que se privilegia la lógica del honor y el clientelismo, el localismo y el machismo por medio de una estrategia que... naturaliza relaciones que son artificiales y permite que las lógicas del poder local aparezcan como espontáneas manifestaciones de la cultura regional" (pág. 144). Por todo eso, Escalona ha sido el cantor de los poderes locales y luego se convirtió en el nexo clientelista y cantor de los poderes nacionales, como se aprecia en las letras de sus composiciones, en las cuales de manera continua hace alusiones a terratenientes, gamonales y presidentes de la República, de quienes siempre hizo apología sin importar su color político, desde Rojas Pinilla, pasando por el conservador Guillermo León Valencia y el liberal López Michelsen. Porque Escalona siempre fue incondicional al poder de turno. Esto quiere decir que la difusión nacional del vallenato, de la que Escalona fue su principal vehículo, no es un proceso cultural y musical por sí mismo, sino la expresión de articulaciones clientelistas entre poderes regionales y nacionales.

Luego de analizar el papel que desempeñan los intelectuales "tradicionales" del vallenato, como López Michelsen, Enrique Santos Calderón y Consuelo Araújo Noguera, el autor le dedica un apartado especial a Orlando Fals Borda, y lo hace porque en la obra de este autor se combina política y academia y es uno de los iconos de la identidad regional del Caribe colombiano. A Figueroa le interesa resaltar la concepción que construye Fals Borda sobre el campesino y la identidad regional, que inscrita en una

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

perspectiva de izquierda se asemeja a la construcción que han hecho los intelectuales liberales, ligados a los poderes dominantes a escala regional y nacional. En su visión del campesinado de la región, el sociólogo costeño lo describe como un sujeto inclinado a comportamientos colectivos opuestos al individualismo que caracteriza a los campesinos de otras regiones del país. Esto tiene como consecuencia que la cultura regional sea vista como "una materia prístina caracterizada por el igualitarismo, el pacifismo, la solidaridad, el comunitarismo, la familia ampliada, el privilegio de lo local en contra del centralismo, el rechazo a la acumulación, etc.; es decir, una serie de componentes que formarían la base de una resistencia al capitalismo y una identidad regional diferenciada" (pág. 156). Con evidencias empíricas, extraídas con cuidado y en forma meticulosa de diversos escritos de Fals Borda, en especial de su *Historia doble de la Costa* (vol. 1, 1979, vol. 2, 1981, vol. 3, 1984, vol. 4, 1986). Figueroa demuestra las semejanzas entre la concepción que defendió el sociólogo con las de los intelectuales liberales. En concreto, eso se evidencia con nociones como mestizaje y democracia racial, y la forma positiva de considerar la familia ampliada y la parentela, ya que "la poligamia, el concubinato abierto y el compadrazgo contribuyeron a construir una sociedad solidaria social y racialmente" (pág. 158). Algo similar ocurre con la manera como Fals Borda analiza unas supuestas alianzas históricas entre las elites dominantes locales y el resto de la población contra el poder despótico, externo, del Estado central. Según Figueroa, Fals Borda esencializa al campesino porque supone que el tradicionalismo, como característica regional, es una expresión de resistencia al capitalismo, lo cual deja de lado las relaciones que se establecen entre el tradicionalismo y las condiciones neocoloniales, como justamente lo había denunciado *Cien años de soledad*. En conclusión, "Fals Borda, en su deseo de encontrar en la costumbre local un espacio alternativo a las deficiencias de la modernidad, mistifica la tradición e inhibe la posibilidad de la crítica y la transformación cultural. En estas imágenes se niega a los subalternos la posibilidad de imaginar un modelo de relaciones políticas distinto al de la tradición y la costumbre" (pág. 162).

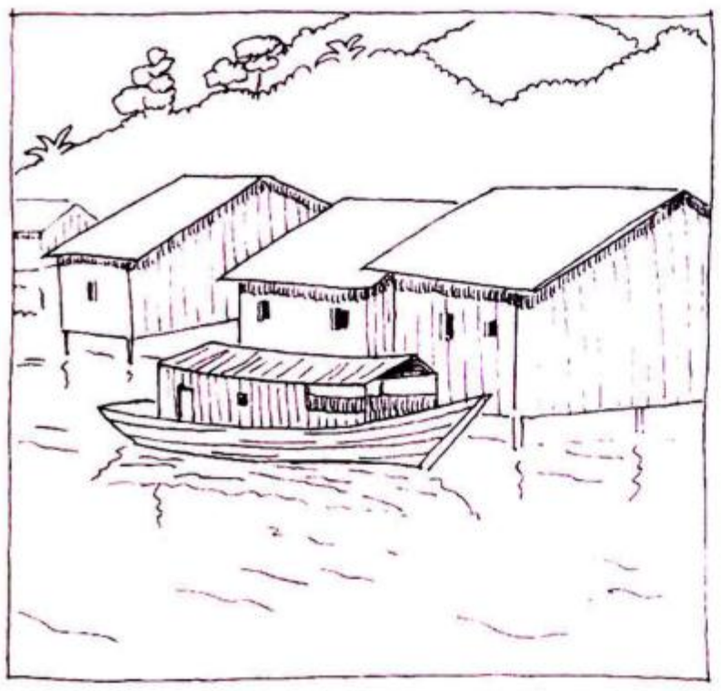


En el tercer capítulo del libro, Figueroa examina el papel que desempeñaron la ANUC y las luchas del campesinado costeño en la década de 1970 y las consecuencias que se derivaron de su derrota. Este capítulo tiene un nexo directo con la temática de los dos capítulos anteriores, porque se trata de indagar en el hecho, a primera vista paradójico, que mientras las elites y sus intelectuales construían una imagen de mestizaje y de integración racial, en la practica impedía la integración económica y política de los campesinos a la nación colombiana, con el pretexto de mantener la tradición y la identidad regional, que los llevó a organizarse y luchar en la década de 1970. Este proceso contrasta con las imágenes construidas por los intelectuales de la elite y por Orlando Fals Borda, como la máxima expresión intelectual de la izquierda de la época, en la que se reivindica el tradicionalismo y el apego a lo local y lo regional, mientras que los campesinos de la costa son activos, deliberantes e interesados en lo nacional y en lo estatal. Como la lucha de los campesinos de la costa fue masiva y radical, recibió como respuesta la represión tanto del Estado central, que se negó a incorporar sus demandas al abandonar cualquier proyecto real de reforma agraria —que se rubricó a comienzos de 1972 con el Pacto de Chicoral, a favor de los terratenientes—, como de las clases dominantes a escala local. Esta represión, que se encadena con la emergencia del narcotráfico y la consolidación del paramilitarismo, ha sido terrorífica y ha hecho añicos la imagen de la costa Atlántica como un emporio de paz y fraternidad entre las clases, que tanto se predicaba en la década de 1970.

El autor analiza con cierto detalle las contradicciones de la izquierda, que no llegó a entender el proyecto de la ANUC y de los campesinos, por su lectura centrada sólo en el proceso de proletarización y no en las reivindicaciones de los campesinos por mejorar sus condiciones de existencia. Figueroa, distanciándose en forma tajante de la Vulgata posmoderna (es decir, de sus lugares comunes sobre el carácter opresivo de la modernidad, su crítica al humanismo, su reivindicación de lo micro y de lo tradicional, su culto a la oralidad, su abandono de las luchas materiales y económicas por el rescate de las acciones puramente culturales, su culturalismo estrecho...), plantea que en las luchas de los campesinos de la costa no se proponía como una demanda central la defensa de la tradición cultural, porque eso chocaba con sus reclamos de modernización. Por esa razón, en la política práctica, los campesinos estaban haciendo suya la crítica de *Cien años de soledad a la sociedad costeña.* En esta lucha práctica, "los sectores subalternos intentaron construir un tipo de esfera pública plebeya, mediante el uso de ciertas convenciones del quehacer político moderno", entre ellas reivindicar el *bien público* contra el predominio de poderes locales, que beneficiaban de manera exclusiva a las elites regionales; demandas de *modernización monetaria*, que se oponían a la exclusión de los beneficios económicos a que han sido sometidos los campesinos y los pobres; *demandas de inclusión política*, que apuntaban

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

al reconocimiento de sus organizaciones y a la presencia activa del Estado. En pocas palabras, "la ANUC de manera intencional se propuso la creación de un código lingüístico nuevo que [...] se oponía punto por punto a las acciones cotidianas que se dan en el campo de la cultura regional dominante" (pág. 178).



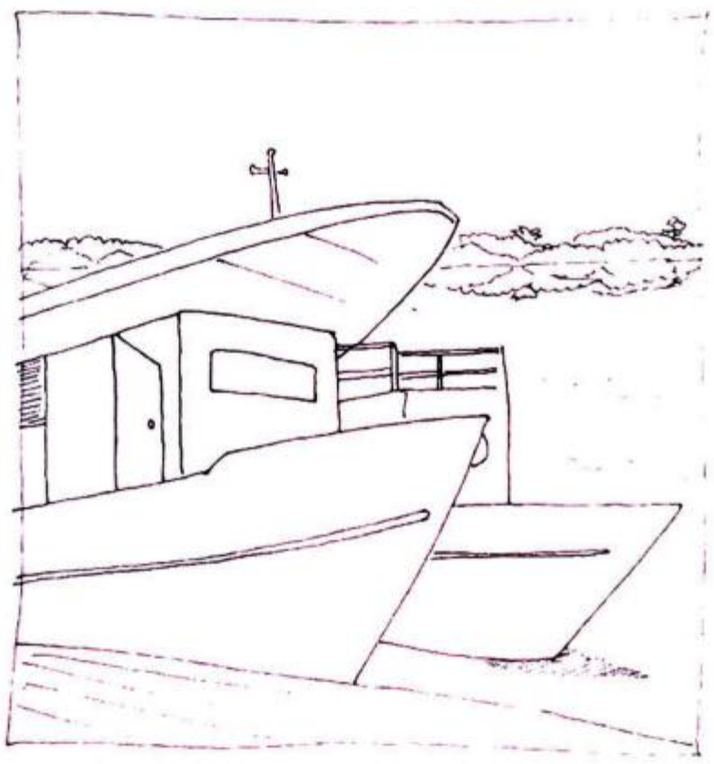
La respuesta represiva del Estado central y de las clases dominantes nacionales y regionales supuso la consolidación del modelo agrícola neoliberal, basado en la exportación, que combina lo más desarrollista del capitalismo con las formas tradicionales de producción. Esto quiere decir, en concreto, que en la costa se dispuso la producción de algodón y la cría de ganado para el mercado mundial, lo cual se sustentaba en las peores formas de explotación de los trabajadores agrícolas y en acentuar la concentración territorial en pocas manos. En esa perspectiva, no resultó, extraño que el vocero por excelencia de ese proyecto neoliberal y terrateniente haya sido el "pollo vallenato" desde la presidencia de la República en el periodo 1974-1978. En efecto, López Michelsen, el mismo cultor del vallenato y primer gobernador del Cesar, nombró como ministro de Agricultura a un terrateniente costeño que se encargó de expulsar a la ANUC de ese ministerio y de apropiarse de sus archivos, mientras bandas armadas, organizadas por ganaderos y terratenientes, perseguían y asesinaban a los líderes campesinos. El significado simbólico de la política anticampesina de López Michelsen muestra, en sentido contrario "a las tesis posmodernas que definen la defensa de la tradición cultural y de lo local como refugio de la resistencia", que fue "el Estado el que evitó la oficialización de la representación campesina, el que eliminó evidencias escritas, condenando a los campesinos a la memoria oral, y el que mantuvo los conflictos entre élites y campesinos en la instancia local, en contra del interés campesino de exponerlos en la esfera nacional" (pág. 198).

Tampoco por azar el consentido cultural del cuatrienio de López Michelsen fue el vallenato y Rafael Escalona, ese personaje clientelista que canta loas a la corrupción, a la politiquería y a los ganaderos y terratenientes, fue ensalzado como el embajador cultural del régimen.

El libro termina con un breve epílogo en el que se examina en forma somera la consolidación del paramilitarismo y cómo en una de las regiones que las clases dominantes presentaban como remanso de paz, se puso en práctica uno de los mecanismos más sanguinarios de violencia y terror contra los campesinos y los pobres que se hayan vivido en la historia de Colombia, como lo han sido las masacres realizadas por los paracos. Y lo significativo radica en que esas masacres vienen acompañadas de la infaltable parranda vallenata. "Al amenizar las masacres con las parrandas vallenatas, los actores rurales recuerdan que está en juego un orden simbólico regional que se acata o se muere. La parranda vallenata en medio de la muerte tiene un significado específico: los campesinos tienen que aceptar gustosamente el orden moral impuesto por el proyecto regionalista y abandonar la política" (pág. 222).

Al unísono con este cortejo de terror en los campos y ciudades del país, y en especial en la costa Atlántica, el vallenato fue impulsado más allá de las fronteras colombianas por los mismos que financiaban y organizaban las masacres y posaban como galanes de televisión y conquistaron el mercado nacional con la escenificación, a través de la televisión, de una serie novelada en homenaje a Rafael Escalona. En otros términos, así como la costa se vinculaba al mercado mundial a través de la agroexportación, legal e ilegal, el vallenato se internacionalizaba, si por ello se entiende que llegaba a Miami. Así,

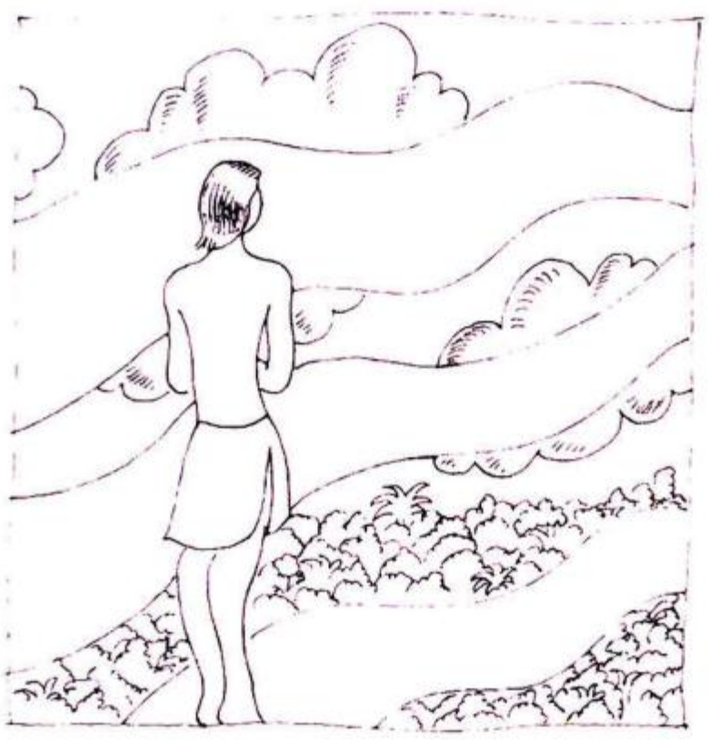
> *el proyecto por el cual habían trabajado con tanto ahínco desde los años setenta, entre otros, Alfonso López Michelsen, los Araújo y Enrique Santos Calderón, logró la conquista del mercado nacional en los años noventa, mediante las experimentaciones 'tecnomacondianas' realizada por el hijo de las élites del Magdalena Carlos Vives, y luego por la instauración del Premio Grammy al vallenato en el 2007. La ratificación simbólica del lobby que durante años hicieron las élites latifundistas y paramilitares en la promoción del vallenato en los Estados Unidos se evidencia en la creación del premio y en la entrega de su primera edición a los hermanos Zuleta, los controvertidos cantantes que dicen sin ambages, en uno de sus temas:* 'No joda, viva la tierra paramilitar, vivan los paracos'. [pág. 233, resaltado nuestro]



Figueroa indica, a partir de Edward Said, la importancia de criticar la propia cultura, noción a la que concibe como un campo en disputa. Esta aclaración es importante para abordar un contexto del que proviene el autor.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

Para ir concluyendo, puede decirse que en la elaboración de este texto se ha realizado una encomiable labor transdisciplinaria en el sentido pleno de la palabra, más allá de las modas culturalistas que tanto invocan esta palabra. Es un esfuerzo intelectual notable en donde se relacionan crítica cultural, antropología, sociología, historia, economía, análisis literario al tiempo que se utilizan de manera abierta diversas tradiciones teóricas, en las que aparecen autores como Edward Said, Ranahit Guha, Claude Lévi-Strauss, Émile Durkheim y Carlos Marx.



Dos hechos que el autor menciona de paso, habrían merecido un tratamiento más detallado. En primer lugar, el papel de García Márquez como domesticador del sentido crítico de su propia obra, *Cien años de soledad*, y como correa de articulación entre los poderes políticos regionales y nacionales, por sus vínculos económicos y políticos con elites nacionales y con personajes, como Enrique Santos Calderón y otros intelectuales del vallenato. Es decir, que hubiera sido interesante ampliar el análisis sobre los giros políticos, e incluso literarios, de García Márquez y la manera como han incidido en la consolidación de la imagen tropicalista de la costa Atlántica y su exaltación de todo el cortejo de miserias sexuales, raciales y de clase, que son propias de la región, como se manifiesta en *Memoria de mis putas tristes* (2004), una vulgar apología de la pedofilia. En segundo lugar, aunque menciona en el epílogo la cuestión de los nexos que se han entablado entre terratenientes, ganaderos, políticos locales, narcotraficantes y paramilitares con el vallenato, este asunto también hubiera merecido un tratamiento más amplio.

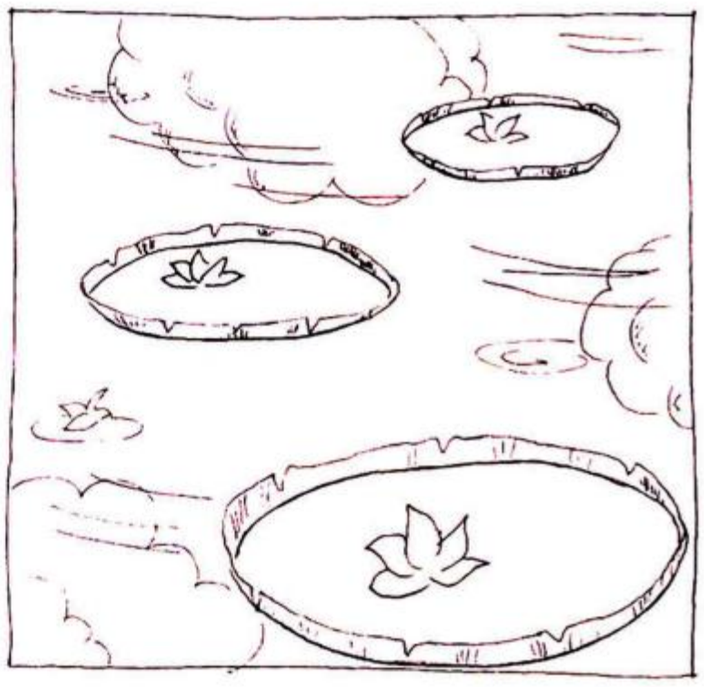
En general, esta aguda investigación social es un aporte notable al conocimiento de la sociedad colombiana contemporánea. El último párrafo del libro es el cierre perfecto para esta gran obra y también para esta reseña: "La consolidación del proyecto paramilitar en Colombia y en la costa Caribe ejemplifica de manera vívida el lado perverso del sueño posmoderno y neoliberal: una tierra sin Estado, amparada en lo 'glocal', en la tradición y la costumbre, sin partidos políticos —que es lo mismo que con partidos políticos tradicionales—, y exportadora de ganado, coca, algodón y cultura" (pág. 234). Sencillamente, ¡que tragedia tan espantosa, ay hombe!

RENÁN VEGA CANTOR

Cantos a la naturaleza

Mis amores son del monte. Coplas de la costa colombiana del Pacífico
Víctor Manuel Patiño Rodríguez
Programa Editorial de la Universidad del Valle, Cali, Colección Clásicos regionales, 2006, 165 págs.

No obstante que en nuestro medio podemos señalar antecedentes de trabajos científicos que enfrentan el objeto de su conocimiento con una mirada amplia y liberadora, la actitud más generalizada es la del especialista que se enfrasca dentro de los muy estrictos límites de su porción de mundo y reduce la experiencia de vida, que se rehúsa a la compartimentación, a la de un territorio más o menos manejable, pero por completo artificial. La especialización, que bien podría suponerse una de las manifestaciones más visibles del espíritu moderno, se consideró durante largos siglos, y sigue siéndolo aún, como una condición inexcusable del conocimiento riguroso. Progresar, avanzar en el proceso de conocimiento y control de la realidad natural y humana, sólo fue pensable en la medida de la adecuada clasificación y compartimentación, y del riguroso respeto de los linderos establecidos. La verdad, que se perseguía con fervor y cuya posesión fue estimada el fin último de la aventura humana, irradiaba sobre cualquier otra dimensión y se pensaba alcanzable mediante el juicioso ordenamiento de un cuerpo de procedimientos, dentro del cual el sitio de mayor envergadura lo ocupaba, precisamente, la obediencia a la delimitación. Así las cosas, la aventura científica y existencial, de alguien que como el doctor Víctor Manuel Patiño Rodríguez (1912-2001) irradió su avidez por el conocimiento a lo largo y ancho de vastos territorios en apariencia inconciliables, es determinante.



Ocupado en un principio en asuntos de naturaleza botánica y forestal, el doctor Patiño extendió sus intereses hasta el ámbito de la antropología cultural, el folclor, la lingüística, la poesía popular y la etnografía. Tratándose de su trabajo podríamos traer a colación el aserto de Pascal, quien frente a la imposibilidad humana de conocer todo lo posible en torno a un solo asunto, recomendaba saber un poco acerca

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.